

que la futura alianza de Italia y Prusia, fuese tan afortunada como la última en que Prusia ganó la batalla de Sadowah, é Italia, perdiendo muchas batallas, ganó Venecia.

La unidad alemana tiene una historia, como la unidad italiana, muy interesante. Cuando Napoleón I dispuso de sus destinos, demostró prácticamente la necesidad de la unidad de Alemania. Desde entonces los más grandes pensadores se han consagrado á cultivar esta idea. Uno de los primeros que la formularon fué el profundo filósofo Fichte en su admirable discurso á la nación alemana. La Prusia apareció siempre como el núcleo de esta idea, como el punto céntrico en torno del cual debía concentrarse la materia cósmica destinada á fundar la Alemania. Por eso hasta los más demócratas ofrecieron en 1849 la corona de Alemania al rey Federico Guillermo, predecesor del rey actual. Y el rey la rechazó porque no quería deber una corona á la democracia. Y los doctores demócratas de Alemania le llamaron Juliano el Apóstata. Y en efecto existían analogías entre Juliano y el rey Federico Guillermo IV. Pero cuando el rey Federico Guillermo murió, la unidad alemana estaba hecha por el trabajo de tantos filósofos y de tantos poetas en el pensamiento de la nación. Nada contribuye á hacer fermentar la masa de los hechos como la poderosa levadura de las ideas. En esto, el mismo pensamiento, iniciado por los primeros artistas del mundo y convertido en realidad, merced á una larga serie de maravillosas combinaciones, se realizaba en la tierra llamada hasta entonces de los sepuleros, y que yo he llamado siempre de los milagros, se realizaba en Italia. Napoleón se presentaba entonces como el defensor de las nacionalidades para hacer olvidar que su dinastía representaba en el mundo la última era de las conquistas. Bismark logró atraerlo á la idea de la unidad alemana en tales términos, que antes de la última guerra declaró muertos los tratados del quince y mal limitada, como ya hemos varias veces dicho, á

la Prusia. Es verdad que en todo esto había un cálculo de egoísmo dinástico; la convicción de que el segundo Imperio podría devolver á Francia sus fronteras sobre el Rhin, perdidas por el primer Imperio. La analogía entre la guerra de Prusia y la guerra de Italia contra Austria encerraba la analogía entre la Saboya y los principados rhinianos. Pero Napoleón llevó un gran desengaño al saber que no podría recobrar este codiciado territorio, unido á Francia por las victorias de la República y separado de Francia por las derrotas del Imperio, sino después de una guerra. Hubiérala hecho rápida, instantánea, en el verano de 66, volviéndose de cara al Austria, á cuya perdición tanto había contribuido, vencedor de Solferino, cómplice de Sadowah, si no lo impidieran, primero la incertidumbre de las alianzas, y después la poca preparación de su ejército. El golpe fué tan tremendo que en Vichy, donde á la sazón se encontraba, estuvo á punto de perder la vida. Era la primera nube que pasaba sobre su corona.

Desde entonces dos pensamientos contrarios, opuestos, se desarrollan á uno y otro lado del Rhin: el pensamiento de impedir la unidad alemana en Francia y el pensamiento de realizarla en Alemania. Napoleón hizo saber á todo el mundo que, si Prusia pasaba la línea del Mein, Francia en el acto le declararía la guerra. Pero tenía enfrente un enemigo muy hábil, un digno heredero de Federico de Prusia, tenía á Bismark. Tres maneras encontraba la Prusia de pasar el Mein y cumplir la unidad alemana: la manera militar, la manera económica, y la manera política. No he acertado á expresar bien mi pensamiento: lo diré más claro. Cuando los pueblos se unen, tienen unidad militar, unidad económica, unidad política. Pues bien: Bismark pensaba que, realizando las tres unidades en un día, con una de esas combinaciones hábiles á lo Cavour y uno de esos golpes rápidos á lo Garibaldi, comprometía gravemente la causa alemana y desconocía el carácter reflexivo y

parsimonioso de su raza. Lo más necesario era la unidad militar, y la realizó antes que Francia estuviera armada. Todos los reyes se resignaron á poner, en el caso de una guerra extranjera, el mando de sus ejércitos en manos de Prusia. Después realizó, con el Parlamento aduanero, la unidad económica. Y cuando los obstáculos fueran menores, y la ocasión propicia, estaba resuelto á realizar la unidad política. Tenía dos grandes enemigos que vencer: los reyes existentes en el Sur, que temían perder su corona á pesar de las grandes cesantías aperebidas para consolarlos, y los recelos de Napoleón, que temía acabar de perder su antiguo predominio en Europa. Pero no es Bismark de esos hombres que van en línea recta, aun á riesgo de estrellarse contra el primer obstáculo encontrado en su camino. Los recelos que el Parlamento aduanero despertaba eran muy infundados. Bismark solo se proponía demostrar, con la unidad económica, la invencible necesidad de la unidad política. Sabía muy bien que las sociedades tienen su mecánica, y que esta mecánica se reduce á fórmulas matemáticas, las cuales no pueden realizarse de una vez, y en toda su pureza, sobre el móvil y fangoso océano de los hechos. La fórmula de los cuerpos perfectamente elásticos será una verdad eterna. La naturaleza se aproxima á ella y no la realiza. Pero todo problema está muy cerca de cumplirse cuando se ha planteado en una serie de fórmulas conducentes á su demostración. Y el problema de la unidad alemana se demuestra en el Parlamento aduanero por la unidad económica. Bismark no quiere pasar al tercer término sin haber resuelto el primero. Caidas las barreras que la preocupación levanta para el cambio de las ideas; quebrantadas las barreras que levanta el interés rutinario y egoísta para el cambio de los productos, ¿quién detendrá la doble acción de los espíritus y de los tiempos? No digo la Alemania, que tiene una historia, una lengua, una raza; los diversos pueblos formarán grandes y libres confe-

deraciones en lo porvenir, porque la unidad humana se desprende, como un nuevo gas vital, de todos los trabajos de la filosofía; porque el hierro del camino, y el alambre del telégrafo, borran las fronteras; porque todos somos ciudadanos de este planeta, á cuya hermosura contribuimos, trasformándolo con el trabajo y ciñéndole esa corona más espléndida que la luz boreal, esa corona de inspiraciones y de ideas que forman nuestras artes y nuestras ciencias.

El movimiento de federación es invencible. Comienza por las naciones, sigue por las razas, se dilatará á los continentes, y concluirá por ser humano: todos los hombres ciudadanos de todos los pueblos. Es verdad que contra este trabajo humanitario existen preocupaciones enormes. Pero no es menos verdad que existían de pueblo á pueblo durante la Edad Media; y que esos pueblos, á pesar de sus mútuos sangrientos recuerdos, han comenzado por unirse en el seno de una misma provincia y han concluido por identificarse en el seno de una misma nación. ¿Quién no recuerda las guerras sangrientas entre Pisa y Florencia de las cuales tantos ecos hay en los tempestuosos tercetos del Dante? Cuando todos estos problemas se agitaban, paseábase yo por el cementerio de Pisa, uno de los monumentos más sublimes de la Edad Media italiana. Los sarcófagos de todas las épocas; los bustos de los antiguos tribunos de Roma unidos á los bustos de los obispos del Catolicismo; los sublimes frescos de Giotto que representan los dolores de Job y los no menos sublimes de Orgagna que representan el juicio final; la larga línea de estatuas funerarias que recuerdan todos los misterios de la eternidad y todos los nobles impulsos del alma por romper el círculo de lo finito y vencer á la muerte; las galerías góticas al través de cuyos severos intercolumnios se veían las aves posarse sobre las ramas de los cipreses como para entonar un coro á los difuntos; la convicción de que pisaba la tierra misma de Je-



rusalen traída por las escuadras de Pisa para envolver los huesos de sus ciudadanos; el melancólico tañido de las campanas que caía de la torre inclinada, la cual semeja una inmensa columna doblándose al impulso de un huracán invisible; todas estas maravillas del arte y de la historia me trasportaban fuera del mundo real, allá á las vagas regiones en que las ideas vuelan sin forma y las almas sin cuerpo. Y, sin embargo, unas cadenas colgadas no lejos del sepulcro de uno de esos príncipes que tanto contribuyeron con su política á fomentar las rivalidades de las ciudades italianas, me trajeron á la realidad de la sociedad y de la historia. Eran las cadenas del puerto de Pisa que los genoveses habían arancado regalándoselas despues á los florentinos en una de las infinitas guerras de las ciudades italianas durante la Edad Media. Los florentinos se las devolvieron á los pisanos en la efusion fraternal que produjo la primera guerra de 1848 por la independencia de Italia. Pues bien; aquellas cadenas devueltas ¿no significaban que en nuestro siglo han concluido las guerras entre las ciudades tan comunes en la Edad Media? Pues así concluirán las rivalidades entre los Estados que pertenecen á una misma nacion como los estados alemanes; y más tarde las batallas entre las naciones, batallas incomprensibles cuando todas realicen el derecho y se convengan todas de que pertenecen á la humanidad.

Pero volviendo al Parlamento aduanero que empleaba uno de los mayores esfuerzos á favor de estas ideas de conciliación humanitaria, debemos decir que Bismark evitó en todo lo posible complicaciones graves. Los impacientes habían presentado un mensaje en respuesta al discurso del Rey. En este mensaje proclamaban la unidad alemana, y por consecuencia se salían de las atribuciones propias de un Parlamento aduanero. Dos graves contradicciones despertaba este mensaje, las separatistas de los Estados del Sur todavía no

bastante maduros para la unidad; y las diplomáticas del Imperio francés todavía no bastante resignado á compartir con Prusia su influencia en el mundo. El ministro prusiano evitó todos los conflictos trabajando hábilmente para que la Asamblea aduanera desechara un mensaje político que no entraba en su competencia. El Parlamento aduanero, pues, conjuró por este instante la guerra.

Los ministros de Francia se encontraban satisfechos. Pero no por eso disminuían los preparativos de guerra en el Imperio francés. El mariscal Niel desplegaba una actividad asombrosa para todos los preparativos de una campaña. Mientras el ministro de Negocios Extranjeros se mecía en una grande confianza, y el ministro de Estado, que llevaba la palabra en el gobierno, aseguraba la perpetuidad de la paz, el ministro de la Guerra decía en pleno Consejo de Estado que un general prusiano había sido sorprendido estudiando las fortificaciones francesas, y que el ministro de la Guerra en Prusia lo tenía todo preparado para dar una batalla, emprender una marcha más rápida todavía, y entrar en París hiriendo de un golpe el corazón de Francia. Esas reducciones de ejército que tanto encarece Prusia, eran para el ministro francés artes maquiavélicas encaminadas á enmascarar la guerra con apariencias de paz y facilitarla con estudios de maniobras. Prusia se desprendió en su opinión de muchos sargentos para enviarlos á los pueblos á fin de que sirvieran de maestros á los milicianos nacionales, á los soldados de la reserva tan importantes en la organización del ejército alemán. Lo cierto es que nadie podía explicarse cómo siendo tanta la seguridad de la paz, tan pocas las probabilidades de guerra, se amontonaban provisiones de boca, víveres en las ciudades fronterizas de Alemania. Compréndese que se forjen cañones para los fuertes; que se ensayen maniobras para aumentar la inteligencia y la habilidad del ejército; pero no se comprende que se almacenen víveres para el por-

venir. Además, en la gente diplomática, en los amigos hábiles del Emperador, en aquellos que le aconsejaban la libertad y la paz, se notaba humor guerrero impropio de sus antecedentes. Compréndese bien ciertamente en *Le Pays*, un periódico extremo, batallador, neo-católico, que quiere un imperio militar, un César omnipotente, la tribuna y la prensa unidas, las guerras de religión renovadas, una batalla sangrienta en el Tíber para devolver al Papa sus antiguos estados, y otra batalla sangrienta en el Rin para apagar esa Prusia que representa la causa de la libertad del pensamiento; y luego el bonapartismo convertido en una especie de mesianismo armado, renovando en los campos de batalla el pacto entre la Iglesia y el Estado de allá de los tiempos de Carlo-Magno. Pero no se comprende esta actitud en periódicos tan moderados, tan hábiles como *La France*, aca-

démicamente redactado, amigo de la paz, predicador incansable de la libertad, que quiere el Imperio como un valladar á las invasiones de la democracia, pero también como un fuerte donde poner su prensa y su tribuna. Lo cierto es, que todo el mundo estudiaba estos fenómenos; y como el pueblo francés atiende principalmente á su vida económica, todo el mundo desconfiaba del porvenir y temía los azares de la guerra, y se preparaba para terribles eventualidades, y contaba los hombres que iban á morir, y los millones que se iban á gastar, y la oscilación de los fondos públicos entre tantas manos repartidos en Francia.

Se acercaba para la grande y nobilísima nación el castigo tremendo de su falta, el castigo de haber abandonado, como los pueblos seniles y decadentes, su libertad y sus derechos á merced del Cesarismo.